

Revista de análisis cultural

N. 15

Kamchatka

Quinquis, yonkis y pandilleros.

Imaginar, representar, contar la marginalidad urbana.

Coord. Antonio García del Río



QUINQUIS, YONKIS Y PANDILLEROS. IMAGINAR, REPRESENTAR, CONTAR LA MARGINALIDAD URBANA

KAMCHATKA. REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL 16 (2020)

Monográfico coordinado por ANTONIO GARCÍA DEL RÍO

ANTONIO GARCÍA DEL RÍO. Quinquis, yonkis y pandilleros. Imaginar, representar, contar la marginalidad urbana.

I. MUNDOS, MITOS E HISTORIAS QUINQUIS

GERMÁN LABRADOR MÉNDEZ. El mito quinqui. Memoria y represión de las culturas juveniles en la transición postfranquista.

PAULA PÉREZ-RODRÍGUEZ. Historia conceptual del quinqui. Pluriempleo, policía, prensa y mito.

SOFÍA NICOLÁS DÍAZ. Sobre rap, trap y calle: imágenes y fenómenos.

ANTONIO GARCÍA DEL RÍO. De vagos y maleantes, bandidos y censores: la contraimagen del quinqui durante el franquismo en obras de Rodríguez Méndez.

II. CONTEXTOS PARA UNA NUEVA HISTORIA CULTURAL

ANTONIO ORIHUELA. ¡Más chutes no! La heroína, entre arma de la democracia y vehículo heroico.

CARMEN MEDINA PUERTA. “Construir la poesía como una enfermedad de la piel”: la representación del VIH/SIDA en la España democrática.

ALEJANDRO CIVANTOS URRUTIA. ¡Quita esa gorra de obrero! Desproletarización editorial en la Transición española.

III. OTRAS MARGINALIDADES EN CONTEXTOS LATINOAMERICANOS

MARIEL BUFARINI. Percibir y resistir los estigmas. Un estudio sobre la cotidianeidad de personas en situación de calle.

JUAN FERNANDO PAVEZ PÉREZ, MARÍA JOSÉ REYES ANDREANI, FRANCISCO JEANNERET, MARÍA ANGÉLICA CRUZ, CÉSAR CASTILLO, JUAN JEANNERET, MANUELA BADILLA, CENTRO DE INTERPRETACIÓN FISURA FISURA. Murales y políticas de memoria en un "barrio crítico" de Santiago de Chile.

ANEXO AL MONOGRÁFICO. TEXTOS DE HOMENAJE.

RESISTIR A LES PALPENTES / RESISTIR A TIENTAS. Poemas de Antonio García del Río.

SEMBLANZA DE TONY Y CUADERNO DE VOCES.

Imagen de portada:
montaje realizado con detalle del cartel de *Perros Callejeros*,
de José Antonio de la Loma.



PERCIBIR Y RESISTIR LOS ESTIGMAS. UN ESTUDIO SOBRE LA COTIDIANEIDAD DE PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE

Perceiving and resisting stigmas. A study on the daily life of people in street situations

MARIEL BUFARINI

CIT RAFAELA-UNRAF CONICET / CEACU-UNR (ARGENTINA)

mbufarini@gmail.com <http://orcid.org/0000-0002-9248-668X>

RECIBIDO: 30 DE ENERO DE 2020

ACEPTADO: 08 DE SEPTIEMBRE DE 2020

RESUMEN: El siguiente artículo trata sobre la configuración de estereotipos y estigmas en torno a las personas que viven en las calles y otros espacios públicos de las ciudades. Se deriva de una investigación que ha focalizado en el estudio de la vida cotidiana de dichos sujetos sociales en la ciudad de Rosario (Santa Fe, Argentina). La presencia de figuras que por su andar permanente y su aparente ociosidad parecieran escapar de las normas socialmente establecidas puede rastrearse en diversos contextos socio-históricos. Si bien cada uno de ellos presenta particularidades, consideramos que los prejuicios sobre las actuales personas en situación de calle se han construido históricamente. Asimismo, la irrupción contemporánea en las áreas centrales de las ciudades no solo da cuenta de las profundas desigualdades sociales, sino que pone en cuestión quiénes son los usuarios legítimos de las mismas. Recuperar los sentidos que adquiere para los propios sujetos el ser observado por encontrarse en esta situación, permite dar cuenta de los modos en los cuales se percibe y, también, se resiste el estigma.

PALABRAS CLAVE: Estigmas, Vida Cotidiana, Personas en Situación de Calle, Espacio Público, Desigualdades sociales.

ABSTRACT: The following article is about the conformation of stereotypes and stigmas around people who live in the streets and other public spaces in the city. It is derived from an investigation that has focused on the study of the daily life of these social subjects in the city of Rosario (Santa Fe, Argentina). The presence of figures that, due to their permanent wondering and their supposed idleness seem to escape socially established norms, can be traced in various socio-historical contexts. Although each one of them has different particularities, we consider that the prejudices about the current people in street situations have been built historically. In addition, the contemporary irruption in the central areas of the cities not only accounts for the deep social inequalities, but also calls into question who are the legitimate users of them. Recovering the senses acquired by the subjects being observed for being in this situation, allows us to account for the ways in which the stigma is perceived and resisted.

KEYWORDS: Stigmas, Daily Life, People in Street Situation, Public Space, Social Inequalities.

Bufarini, Mariel.

“Percibir y resistir los estigmas. Un estudio sobre la cotidianidad de personas en situación de calle”.

Kamchatka. Revista de análisis cultural 16 (Diciembre 2020): 215-230.

DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.16.16592> ISSN: 2340-1869

INTRODUCCIÓN

Las personas que viven en los espacios públicos de las ciudades encarnan a una figura socialmente estigmatizada: aquella supuestamente desviada de las normas, desvinculada relacionamente y desarraigada territorialmente. Preconceptos en torno al abandono, al abuso de sustancias tóxicas y a la delincuencia se articulan y configuran imaginarios construidos históricamente sobre estas personas. Con esta preocupación, que orienta el artículo, proponemos problematizar supuestos a partir del estudio de la vida cotidiana de dichos sujetos.

Las pesquisas sobre las conductas consideradas “anómalas” en términos de infracción a las normas cuentan con una extensa trayectoria que nos remonta a inicios del siglo XX¹. No obstante, aquí nos interesa cuestionar la distancia que genera el exotismo con el que suelen ser imaginados atendiendo a la configuración de estereotipos sociales y especialmente a los relatos de quienes son estigmatizados. Para ello, en la primera parte del artículo precisamos aspectos comunes y discontinuidades con figuras errantes en distintos contextos sociohistóricos. En segundo lugar, describimos los espacios que las personas en situación de calle seleccionan en la ciudad, la relación con las políticas de iluminación del territorio y las tensiones que genera su presencia en los espacios públicos. Posteriormente focalizamos en las interacciones que allí se despliegan, en los modos en los cuales dichos sujetos perciben la configuración el etiquetamiento y cómo los resisten. Por último, se retoman las ideas centrales y se discute la paradoja de la configuración de estigmas socialmente construidos.

Los resultados que aquí se presentan se derivan de una investigación realizada sobre la vida cotidiana de personas que viven en las calles de la ciudad de Rosario (Santa Fe, Argentina). Dicho análisis se realizó desde un enfoque socio-antropológico relacional que pretende acceder al conocimiento de las prácticas, las relaciones, las lógicas sociales que los sujetos despliegan en determinados contextos (Achilli, 2009). Ello permitió identificar algunos procesos que en otras escalas quedan desdibujados, establecer nexos condicionantes con escalas contextuales mayores y así comprender relacionamente la problemática.

El trabajo de campo se realizó entre los años 2004 y 2011 tomando como recorte poblacional a personas cuya vida cotidiana transcurre principal y mayoritariamente en el espacio público urbano. Dichas personas son definidas aquí como *personas en situación de calle*, no sólo porque vivir en la calle se articula con instancias de alojamiento transitorio en hogares y/o refugios municipales, hoteles o pensiones, sino también porque prima en las trayectorias vitales la incertidumbre e inestabilidad cotidiana que remite a procesos estructurales.

El trabajo “en terreno” constituyó una instancia central e implicó participar de un proceso de interacción social fundamental para el análisis interpretativo a partir de atender a lo obvio y a lo desconocido de los ámbitos cotidianos y a las construcciones de sentido de los sujetos sociales.

¹ Entre ellos se encuentran los estudios sociológicos en contexto estadounidense sobre la cuestión criminológica que -en articulación a miradas biológicas/antropológica y psicológica-, se diferencian de la criminología positivista europea (Cfr. Trasher, 1925; Park, 1927; Shaw y Mc Kay, 1942) y la etnografía urbana de Foote Whyte sobre la “*Sociedad de las esquinas*” (1943). Cabe destacar además los trabajos en los que priman lecturas sobre *homeless* en términos de “*desafiliación*” (Bahr, 1968), aquellos que analizan las tensiones sociales en términos de “*anomia*” como los de Merton (1964) y las críticas, que, sin apartarse de la sociología de la desviación, desarrolla Becker (2012 [1963]).

Fueron entrevistados adultos mayores, hombres y mujeres que viven en el centro de la ciudad, en plazas, umbrales de edificios que están en desuso, y que —en algunos casos— ingresaron temporalmente a albergues o residencias municipales transitorias. Precisamente, entrevistamos a personas con las cuales no se ha podido continuar el trabajo de campo (debido a que se fueron a otras ciudades, o a que se perdió el contacto) y trabajamos sistemáticamente con cinco: tres hombres y dos mujeres cuyas biografías se caracterizan por los extensos períodos de tiempo vivido en la calle. Períodos que, si bien son complejos de precisar temporalmente, rondan en un promedio de diez años. Asimismo, integran el corpus de análisis los registros derivados de las observaciones en los espacios usados por los sujetos de la investigación.

SOBRE FIGURAS “DESARRAIGADAS”

La presencia de de figuras nómadas consideradas “desarraigadas” puede identificarse en distintos contextos sociohistóricos. Desde los vagabundos europeos del siglo XIV, pasando por los *bobos*² norteamericanos de fines del s. XIX y principios del XX, a los actuales *homeless*, *personas sin domicilio fijo, en situación de calle, o habitantes de calle* (dependiendo de los países de origen)³, diversos sujetos sociales resultan representativos de la marginalidad relacionada con la falta de pertenencia relacional y/o territorial.

Precisamente en Argentina, los llamados *linyeras* y *croto*s⁴ se caracterizaban por llevar una vida de errancia entre fines del s. XIX y principios del XX. Se denomina de este modo a los hombres que recorrían el país impulsados por los trabajos estacionales que realizaban en las cosechas, en la estiba —en puertos o estaciones ferroviarias—, en el hachado y en las industrias. El denominado *croto* es ubicado históricamente en relación tanto al *gaucho*, un trabajador rural, seminómada —“representante máximo del andar peregrino, libre y solitario que pretende ignorar fronteras y leyes impuestas” (Maguid, 2012: 8)- como a los inmigrantes europeos de principios del siglo XX que, al encontrar dificultades para asentarse, elegían el camino del andar permanente. Entre ellos se encontraban los condenados a vagar para escapar de la miseria (y ofrecían su fuerza de trabajo) como así también aquellos que tomaron ese vagar como un estilo de vida próximo a los ideales anarquistas (Bayer, 1986; Baigorria, 1998; Rubinich, 2008; Maguid 2012).

² Ligado a la noción de “vagabundo”, el término hace referencia a los trabajadores nómadas de baja especialización. Anderson (1923) en la obra *“The hobo”* describe las condiciones de vida de los migrantes que llegaban a Chicago y deambulaban por las calles en determinadas épocas del año en busca de trabajo y establece una categorización entre cinco tipos distintos.

³ En Estados Unidos se los denomina *homeless*, en Francia *sans domicile fixe*. En Chile, Uruguay, Brasil y Argentina personas en *situación de calle*, mientras que Colombia comparte esta categorización junto a la de *habitantes de calle*. Las denominaciones citadas provienen del ámbito de las políticas públicas y suelen ser reapropiadas y resignificadas como categorías sociales.

⁴ *Linyera* proviene del italiano “linghere”, término utilizado para denominar las bolsas donde ponían sus pertenencias quienes se caracterizaban por el andar permanente. Maguid (2012) plantea que los primeros *linyeras* fueron italianos, y el término, a su vez, lo emplearon como apelativo para caracterizar a los vagabundos del campo y diferenciarlos de los de la ciudad a los cuales se los llamaba “atorrantes” (vocablo que se utilizó para referirse a los que vivían en los caños de obras sanitarias fabricados por “A. Torrant y Cía”). Los *linyeras* comienzan a ser llamados *Croto*s debido a que fue el ministro José Crotto, de la provincia de Buenos Aires, quien les permitió a los trabajadores golondrina viajar gratis en los trenes de carga.

No obstante, desde mediados de 1930 la presencia de los *crotos* en las vías comienza a desdibujarse. El proceso de cambio de las condiciones socioeconómicas le puso punto final al *crotaje* con las características antes mencionadas, al tiempo que dicha figura se encarnó en la del “viejo de la bolsa” quien, con la barba crecida, las ropas desechas y la bolsita a cuestras, merodeaba las casas (Baigorria, 1998). De aquí en más, en los imaginarios sociales, quienes viven en las calles de las ciudades representan a una figura que oscila entre el romanticismo (el linyera libertario) y el sujeto potencialmente peligroso (enfermo mental, delincuente, adicto).

A fines del s. XX y principios del XXI el recrudescimiento de las políticas neoliberales llevó a la profundización de las desigualdades sociales y a vastos sectores de la población a situaciones de pobreza. En este contexto comienza a ser notoria y significativa la presencia de personas viviendo en los espacios urbanos públicos de las principales ciudades de Argentina⁵. Ello supone un esfuerzo por desentramar una realidad social particular, en la cual ya no solo se identifican varones solitarios sino también mujeres, jóvenes, niños e incluso familias completas viviendo en las calles.

Sin dudas, las figuras citadas se ubican en contextos particulares y configuran un conjunto de prácticas y experiencias particulares. No obstante, en el tratamiento de la problemática resulta pertinente identificar *tendencias estructurales* y *procesos emergentes*, en el sentido de nuevas formas y de actualizaciones o adaptaciones de esas formas (Williams, 1988) en las que pueden ubicarse los “desarraigados” de ayer y de hoy. Cabe destacar al respecto que en cada uno de esos contextos representan a los indigentes válidos, a los sujetos que, por sus condiciones físicas, podrían trabajar y no lo hacen, o bien solo trabajan cuando la situación lo amerita. Con su andar, impulsado por la miseria o por la renuncia, ponen en tensión los valores que tienden a configurarse como hegemónicos en relación a una concepción de familia, trabajo y sedentarismo. En relación a esto resulta imperativo el control sobre los cuerpos y el espacio, tanto a fines del siglo XIX como en la actualidad. Esto es, un control que en Argentina puede referenciarse desde el proceso formativo del estado nacional⁶, que continúa con el control del territorio nacional y que también se advierte en el nivel de los gobiernos locales mediante las políticas de control urbano y la implementación de organismos destinados a tal fin.

Así, “los otros”, los que ponen en cuestión las normas socialmente válidas fueron y son calificados como los extraños por excelencia. Estos “otros” se reactualizan en procesos emergentes. A fines del s. XX y principios del XXI su presencia, que irrumpe en contextos urbanos, se inscribe en procesos de marcada desigualdad social y resulta un desafío su conceptualización. Al respecto pueden identificarse diversas nociones, además de las categorías sociales ya mencionadas, se encuentran las formuladas en el ámbito de las políticas públicas y en el académico que, de hecho, se influyen mutuamente. En Argentina se pasó de la conceptualización en términos de carencia (sin techo, sin hogar) a —principalmente— la de

⁵ Al respecto se destacan los estudios sociológicos y antropológicos realizados en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Palleres (2004, 2013), Boy (2009, 2011), Biaggio (2009, 2014), Rosa (2011); y en Rosario, Bufarini (2006, 2016).

⁶ En Argentina el control de los cuerpos en el territorio nacional en formación resultó fundamental para el establecimiento de las fronteras, el dominio de la población originaria y para su reclutamiento como mano de obra en el marco de las imperantes relaciones capitalistas de producción.

situación de calle. Situación que remite a una perspectiva más integral que no focaliza únicamente en la variable habitacional⁷.

Los “desarraigados” de hoy tuvieron sus primeras experiencias de calle en contextos de crisis socioeconómicas, en el caso de las personas con las que trabajamos ello sucedió a fines de la década de los 90 y en los primeros años del siglo XXI. Comenzaron a usar y ocupar el espacio público hasta que progresivamente se configuró como el lugar donde estar, como el único lugar donde poder quedarse. Estos sujetos no proclamaban ideales libertarios ni afirmaban que su situación fuera producto de una decisión de renuncia a una vida confortable o a la posibilidad de obtenerla mediante la disciplina del trabajo (Rubinich, 2008). Por el contrario, se vieron forzados a movilizarse en busca de un trabajo, una vivienda o un lugar donde estar. Son sujetos sociales que frente a situaciones adversas (desempleo sostenido, subempleo, precariedad habitacional, pobreza, conflictos personales) no han contado con las estructuras de contención necesarias para sobrellevarlas o contribuir a su resolución. En concreto, son personas que viven las condiciones más crudas de la desigualdad social.

Contrariamente a lo que se presupone, no todos ellos carecen de vínculos, tienen contacto con familiares o amigos, pero dichos lazos se caracterizan por la fragilidad. A su vez, hemos identificado otras formas de contacto habitual que permiten, en el marco del desarrollo de estrategias de supervivencia, la construcción de tramas de sociabilidad e intercambio tanto entre personas en situación de calle como con los llamados “vecinos”⁸ y/o *usuarios frecuentes*⁹. En estas redes se intercambian desde bienes materiales hasta favores que incluyen la circulación de información. Sobrevivir sin un trabajo estable conlleva la incertidumbre cotidiana y supone poner en marcha mecanismos de movilidad por distintos puntos de la ciudad en busca de comedores, hogares y otros centros asistenciales que brinden servicios básicos. La aparente ociosidad se resignifica en actividad, en búsqueda de alimentos, sanitarios, refugios, de otros con quienes compartir y dialogar.

A continuación, se describen las características generales de la ciudad -particularmente de la zona céntrica (donde viven quienes participaron de la investigación)-, y cómo la presencia de dichos sujetos interfiere con la imagen oficial que pretende mostrarse de la ciudad.

⁷ Los primeros programas de atención implementados en la Ciudad de Buenos Aires remitían a los “Sin Techo”, algunos de los primeros estudios antropológicos realizados en el país aludían a las *personas sin hogar* (Palleres, 2004). Incluso en el caso de la investigación realizada nos referimos a las *personas sin hogar*, fundamentando que su situación no remite exclusivamente a la carencia de vivienda, sino que supone vivenciar situaciones estructurales de desigualdad y cotidianas de incertidumbre, inseguridad y desconfianza en espacios no destinados a ser habitados. Con el propósito de evitar confusiones y atendiendo a las construcciones de sentido de los sujetos bajo estudio, decidimos revisar nuestra construcción y emplear el concepto de *Situación de calle*.

⁸ Las personas que llevaban varios años viviendo en un mismo espacio llamaban así a los conocidos que vivían o trabajaban en las cercanías.

⁹ Denominamos de este modo a los trabajadores, estudiantes y quienes viven en las zonas que usan las personas en situación de calle. En la investigación desarrollamos cómo con el transcurso del tiempo en un mismo espacio público comienzan a conocerse (aunque mas no sea en principio mediante miradas), posteriormente en algunos casos comienzan a dialogar con algunas de estas personas y comienza el entramado de algunas redes que posibilitan la configuración de lo que llamo “permiso social para usar el espacio”. Permiso que se instaura mediante la indiferencia o en el hecho de no asentar denuncias en los organismos estatales de control sobre el espacio urbano.

POBREZA Y DESIGUALDADES EN EL CENTRO DE UNA CIUDAD

Rosario se ubica en el centro sur de la provincia de Santa Fe (Argentina) y cuenta con una población de 948.312 habitantes según cifras del último censo nacional (INDEC, 2010). En el año 1995 la ciudad inicia un proceso de descentralización político-administrativa en seis distritos que, a nivel urbanístico, tuvo el propósito de integrar áreas desconectadas, y periféricas. Para ello fue necesario tanto la apertura de vías de comunicación, como la creación de espacios públicos, comunitarios y de servicios. Ubicada a la vera del río Paraná es considerada por su posición geoestratégica como puerto y puerta del Mercosur¹⁰.

En el centro de la ciudad se concentran diversas actividades relacionadas con el comercio y la provisión de bienes y servicios finales, entre los cuales se destacan: operaciones bancarias, administración pública y privada, servicios de educación, salud, recreación, hotelería. Además, cuenta con numerosas “Áreas de Protección Histórica” -que poseen “una calidad urbana y arquitectónica significativa”- tales como: el Boulevard Oroño, el Entorno al Teatro el Círculo, el Paseo de los Orígenes, la Peatonal Córdoba, la Plaza San Martín y El Paseo del Siglo¹¹.

Esta breve descripción da cuenta de algunas de las características del *espacio urbano público*. Espacio que constituye una contradicción concreta, un campo de tensiones, un espacio político —ámbito y objeto de diversas estrategias—, donde se produce lo imprevisto, lo absurdo (Lefebvre, 1976; Delgado, 1999). Un campo que se estructura, también, a partir de enfrentamientos y pactos en la diferencia (Arantes, 1999). Así y todo, no puede ser ocupado permanentemente, es decir, no está destinado a ser habitado sino a ser *usado*. De ahí que la presencia de personas viviendo en las calles genere conflictos y disputas de sentido sobre usos “adecuados” y usuarios “legítimos”. Disputas que cobran legitimidad en las disposiciones socialmente acordadas sobre los *usos elementales* (Heller, 1994) del espacio público —en contraposición a *usos personales*— expresadas tanto en las imágenes e imaginarios urbanos como en las normativas y reglamentaciones oficiales. Así pues, a los fines de regular usos y usuarios de lo público, se despliegan mecanismos tanto simbólicos como de fiscalización estatal¹² pese a lo complejo de concretarlo en forma total y permanente.

En cuanto a lo simbólico, cabe mencionar que las imágenes urbanas se incorporan desigualmente en la producción de los imaginarios sociales y éstos se construyen en base a dichas imágenes que también son procesadas consensuándose o entrando en disputa. Ambos —imágenes e imaginarios—, constituyen la materia prima de los discursos, los valores, las prácticas sociales (Lacarrieu, 2005) y brindan herramientas que permiten legitimar o deslegitimar tanto a los usuarios del espacio urbano como a las prácticas que realizan. Así, las imágenes oficiales que muestran a la ciudad en *vitrina*, es decir, como un espacio para que los demás miren y también

¹⁰ Mercado Común del Sur integrado por Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y Venezuela.

¹¹ Según el [sitio oficial](#) del municipio, las Áreas de Protección Histórica (APH) poseen protección y regulación específica; además de las citadas, en la zona centro se distinguen: El Entorno Aduana y Bajadas, Paseo La Capital, Entorno Casa Natal Che Guevara, Esquina Urquiza y Moreno, Esquina San Lorenzo y Moreno, Esquina Rioja y Laprida, y el Paseo Hilarión. Las APH poseen protección y regulación específica.

¹² El municipio cuenta con una Dirección General de Control Urbano, un organismo destinado a la preservación de los espacios públicos, a controlar los usos indebidos y a la solución de situaciones conflictivas.

para mirar a través de ella (Silva, 1992), ocultan no sólo otros espacios y otras materialidades sino también otros ciudadanos.

Dichas actuaciones son producto de lo que Delgado (1999) denomina *política de lugares y de la memoria* —en tanto los lugares solo existen por la memoria que los identifica, sitúa y nombra—, que apela al reforzamiento de una identidad cultural urbana y contribuye a la visibilización e invisibilización de recorridos y grupos sociales. En otras palabras, mediante estas políticas se instauran territorialidades *explícitas*, ligadas a los procesos de *iluminación* de la ciudad, y otras territorialidades *implícitas* en la que se ubican los espacios a *invisibilizar* (Lacarrieu, 2005).

Entre los primeros se encuentra el centro de Rosario que pretende mostrarse como marca de virtud. Sin embargo, se destaca también por los contrastes entre quienes están incluidos en la “ciudad para todos”¹³ y aquellos sectores de la población más empobrecidos que hacen uso de la centralidad. Por lo tanto, este espacio “iluminado” es cuestionado cotidianamente por la presencia de personas en situación de calle que conforman una imagen imprevista, indeseada y transgresora. No sólo interfieren con lo que se pretende mostrar, sino que alteran el “paisaje urbano” exponiendo una ciudad desigual a la vez que diferente del modelo idealizado por el poder público. En ese cuestionamiento se ponen en juego distintos sentidos sobre las modalidades de uso del espacio urbano y, también, sobre quiénes son los merecedores de ciertos territorios de la ciudad.

En tal sentido, la ciudad presenta desiguales contrastantes condiciones de vida, en ella se reproducen procesos de segregación y desigualdad social de modo tal que la “espacialización de la pobreza” trasciende los “enclaves tradicionales” (Prévôt Schapira, 2001: 48) y alcanza a una amplia parte del territorio urbano. Los sectores más empobrecidos ya no se localizan sólo en los las “villas” —asentamientos irregulares periféricos—, o en los intersticios de la ciudad (lo que se advierte mediante la apropiación tanto de casas desocupadas como de terrenos baldíos y públicos) sino que también habitan en el centro de Rosario. Así, los contrastes no sólo se presentan en áreas diferenciadas, sino también en un mismo territorio. Este es el caso del centro, pues ofrece excelentes condiciones de vida para algunos sectores mientras otros, que viven en la precariedad y la miseria, tratan de sacar réditos de los mismos.

Entre los últimos se encuentran las personas que utilizan los espacios públicos como un lugar permanente donde vivir, incluidas las personas con las que trabajamos en la investigación. Cotidianamente vivencian una multiplicidad de situaciones complejas de sobrellevar, tratan de resolver cuestiones básicas y esenciales respecto a cómo alimentarse, dónde ir al baño, dónde refugiarse ante eventuales cambios climáticos. A su vez se sienten amenazadas frente a situaciones de violencia tanto verbal como física, atemorizadas por los robos, por la posibilidad de ser “corridos” del espacio público. Ello supone quedar al margen del margen, puesto que si bien usan el centro de la ciudad no lo hacen en los términos socialmente previstos. Estar en el centro conlleva la redefinición del uso y sentido del espacio público y a la vez obtener beneficios comparativamente a otros espacios de la ciudad.

¹³ Frase que reiteradamente se mencionaba en la cartelería publicitaria sobre la ciudad, principalmente entre los años 2007-2011.

A ello se adiciona el prejuicio que se advierte en el temor generado entre los transeúntes, “vecinos” y algunos *usuarios frecuentes*. Temor a que los asalten, a que se sobrepasen de algún modo y reaccionen en forma violenta en tanto suelen ser considerados “alcohólicos”, “enfermos mentales”, o bien personas peligrosas. Así la pobreza es vista en el centro de la ciudad en muchos casos bajo las lentes del estigma.

A continuación presentamos la dinámica de interacción cotidiana a partir de la mirada de las propias personas que viven en las calles con el objeto de acceder a sus perspectivas respecto a la configuración de estigmas.

LA MIRADA DE LOS OTROS

El contacto habitual en el espacio público instaure relaciones entre un “nosotros” y los “otros”. Pese a que entre las personas en situación de calle resulta complejo asumir identificaciones y establecer afinidades respecto a quienes se encuentran en similar situación, se considera que los “otros” son los observadores, los usuarios de paso. Asimismo, si recuperamos la perspectiva de estos últimos, el “nosotros” refiere a aquellos que frente a un otro cercano e “incierto” se sienten amenazados, inseguros, atemorizados, reforzando así la construcción de un colectivo por oposición a otro (Leach, 1967)¹⁴. En este sentido, aquí se plantea que sobre las personas en situación de calle recaen estigmatizaciones elaboradas socialmente, lo que en términos de Goffman (2003) ha sido definido como “atributos altamente desacreditadores”. Dichos estigmas se construyen junto a estereotipos (entendidos como generalizaciones y simplificaciones respecto a la alteridad) y ciertas marcas de las cuales los sujetos serían “portadores”. Así, se establecen distinciones —dentro de un marco de relaciones sociales determinadas— entre un nosotros (los “supuestos normales”) y los otros, en este caso, los que viven en la calle. En efecto, son considerados descuidados, sucios, vagos, alcohólicos, sujetos que no hacen nada productivo, ya sea por suponer que tienen dificultades en sus formas de sociabilidad o porque no estarían en sus cabales.

Pues bien, tal como se adelantó, la cotidianidad transcurre ante la mirada —a veces atenta, a veces, indiferente— de los transeúntes, *usuarios frecuentes* y “vecinos”. Los primeros parecieran verlos con cierto asombro y temor, puesto que su presencia irrumpe un trayecto de la cartografía urbana destinado a otro fin. Mientras que para los “vecinos” y para los *usuarios frecuentes* observarlos e identificarlos como “de la calle” no deja de incomodar, aunque ello no genera desconcierto, puesto que los conocen y su presencia se incorporó en la imagen urbana de la plaza, de la cuadra, del centro de la ciudad.

Para quienes viven en la calle cada mirada evidencia su presencia en el espacio público. Es decir, la observación detenida y a veces minuciosa del *espacio de referencia*¹⁵ y de las actividades que

¹⁴ Respecto a la relación entre nosotros-otros, Leach destaca que la definición de cada uno de ellos siempre depende del contexto. En esa dinámica se atribuyen cualidades respecto a nosotros mismos. Si ese “otro” aparece como muy remoto, se lo considera “benigno”. En otro extremo, el “otro” puede ser muy cercano y predecible. Ahora bien, entre éstos, puede haber un “otro” que estando próximo es incierto. Es decir, aquello que se encuentra en el entorno inmediato y fuera de control “se convierte inmediatamente en un germen de temor” (1967: 51).

¹⁵ Definido como un espacio delimitado en la ciudad, que cumple ciertas características consideradas beneficiosas (acceso cercano a sanitarios, iluminación, tránsito frecuente de personas, posibilidad de protección ante eventuales cambios climáticos) y en el que con el transcurso del tiempo se entran relaciones sociales.

allí realizan pone de manifiesto la transgresión del *uso elemental* (Heller, 1994) —una normativa general para regular la convivencia por un *uso personal* del espacio público.

En los relatos relevados durante el trabajo de campo constantemente enuncian la necesidad de tener un tiempo y espacio de intimidad. Sentirse observado es una carga más con la cual convivir. Uno de los varones entrevistados trataba de no prestar atención a esas miradas, sin embargo, relataba:

[...] a veces te miran mal, como diciendo ‘qué vergüenza este vago’. Y si, a mí me da vergüenza. Que me miren y que crean que soy un vago me da vergüenza. Pero yo no estoy todo el día tirado, me gustaría tener otro laburo pero mientras tanto cuido los autos, que no me va tan mal, pero no me alcanza para pagar un hotel. Yo siento que me miran mal cuando estoy acá /el parque, su espacio de referencia/ cuando cuido los autos parece que fuera otro, porque nadie me mira así. (Registro de campo n°7, 2007)

La exposición por vivir en el espacio público es permanente y a raíz de determinados hechos, como por ejemplo los primeros fríos intensos de cada año, adquiere mayor visibilidad. Queremos decir, con la llegada del invierno se multiplican las noticias en los diarios locales sobre los “linyeras” o las “personas en situación de calle” y se muestran imágenes que los ponen en el centro de la escena por unos días. Así, a la exposición diaria, se suma la exposición en los medios de comunicación. En efecto, una de las mujeres fue entrevistada por periodistas en varias oportunidades, algunas notas se publicaron preservando su identidad, y otras no. Además, varias veces fue fotografiada sin saberlo. Una de las noticias en la que es protagonista se publicó en un reconocido diario local, allí presentan el caso de una de las personas que vive en las calles de Rosario, describen el lugar en el que se encuentra y destacan la situación como “una de las mayores crueldades de la vida urbana” y afirman que estas personas “son parte del paisaje público [y que] sus historias son similares: una familia ausente, soledad, hambre y la dureza del clima y la calle” (*La Capital*, 01/07/05). En esa oportunidad ella solicitó que no mencionen su identidad, ni el nombre de la plaza en la que vive. El periodista, por su parte, señala que ella es una de las personas que por vivir en la calle perdió su intimidad, y posteriormente cita sus palabras: “si existiera una pastilla para ser invisible me la tomaría, estoy todo el día en la calle y completamente expuesta, la gente pasa y me mira de arriba abajo, no es fácil” (*op. cit.*). La noticia tuvo mucha repercusión, los vecinos, conocidos y transeúntes se acercaron para comentarle que habían leído la noticia.

Los informes periodísticos, publicados tanto con el objeto de visibilizar la problemática y generar conciencia y solidaridad al respecto, como con fines políticos, contribuyen a generar estereotipos sobre estas personas en la medida que prima el supuesto de que hay un fuerte componente de elección en la situación de calle. La misma es explicada como consecuencia del desempleo y la pobreza, no obstante, se enfatiza la pérdida de vínculos con la familia, el hecho de pasar el tiempo desocupados y las graves enfermedades mentales que poseen estas personas.

Con la reiteración de dichas publicaciones en los medios de comunicación la exposición que sienten se potencia. Ya no reside solo en la mirada de los transeúntes, sino también en la de los lectores de las noticias. Sobre estos hechos no pueden accionar, debido a que, en algunos casos, no respetan la solicitud de anonimato y, además, son fotografiados sin previa consulta. En cambio, frente a las miradas constantes en el espacio público algunos de ellos sí pueden hacer

algo: construir y delimitar un lugar sobre el espacio público en el cual resguardarse mínimamente con cartones, mantas o bolsas .

A propósito de ello, consideramos que las personas en situación de calle elaboran estrategias para evitar llamar la atención. Sin ir más lejos, la imagen corporal es el primer diacrítico a partir del cual una persona es calificada como “de la calle”. Los varones asumen que su imagen corporal implica la construcción de prejuicios sobre su situación. Por tal motivo el cuidado del aspecto, al menos en el caso de las personas con las que trabajamos, resulta una tarea diaria. Peinarse, afeitarse o mantener la barba prolija contribuía —según ellos— a que las personas “no piensen que somos crotos [porque] te miran feo, algunos hasta miedo te tienen” (V; R7-2007). Una de las mujeres, habitualmente tenía puesta mucha ropa de colores oscuros, poco llamativos tanto con altas como con bajas temperaturas. Concretamente: usaba una pollera larga, campera grande con la capucha puesta, además de la gorra que le tapaba la cara hasta los ojos¹⁶ de forma que, a simple vista, resultaba difícil reconocerla. La imagen corporal da cuenta de una corporalidad muy encubierta. Es decir, más allá de la protección por el frío, el hecho de tener el pelo muy corto y cubrir el cuerpo con ropa muy holgada permite pensar en una corporalidad femenina que probablemente no quiera ser mostrada. Quizá, de este modo, frente a la mirada siempre presente de los demás se sienta un poco menos expuesta.

Por lo dicho, consideramos que cuidar el aspecto corporal es una estrategia para resistir la clasificación, puesto que la mirada cotidiana del otro pone en evidencia no sólo la desigualdad social, sino también la ruptura de la convención sobre los *usos elementales* que posibilitan la convivencia. La resistencia se funda en que ellos no se identifican como parte de ese colectivo de personas “de la calle”, por el contrario, se reconocen más cerca de los clasificadores.

Queda claro que lo que se pone en juego es la resistencia a ser clasificados de modos que estas personas consideran descalificantes. Así, quienes viven en la calle, generalmente no aceptan ser identificados como vagabundos o linyeras, rechazan estas categorías injuriantes y las adjudican a otras personas desplazando el estigma (Biaggio, 2009). En las conversaciones reiterativamente trataban de imponer una distinción con los demás, incluso en el caso de S —quien llevaba más años viviendo en la calle— esta distancia con los otros (los “de la calle” y los “linyeras”) era cotidiana.

En tal sentido, cabe recuperar un fragmento de entrevista en la que uno de los varones con más de diez años en la calle se diferenciaba de los crotos; precisamente, en algunas oportunidades se autodefinió como “un poco aventurero”, pero resistió a la clasificación de *croto*, puesto que entre uno y otro había marcadas diferencias:

M: yo anduve bastante buscando trabajo, tuve una mujer, ahí cuando estaba en [...], pero a mí nadie me resolvía los problemas y uno algo tienen que hacer. Siempre lo creí así, se puede decir que soy un poco aventurero, pero croto no, croto es otra cosa

Entrevistadora: ¿y... cuál sería la diferencia?

¹⁶ El hecho de vestirse de ese modo no se relaciona con la falta de ropa. En los carros guardaba algunas prendas que tenía desde antes de vivir en la calle y otra que recibía de donaciones.

M: El croto no busca el trabajo, va antes sí, los crotos de antes, los de los trenes, pero ahora es croto es el que no tiene nada, el que no tiene un mango y no hace nada. No porque no quiera, ojo, a veces son tantos los problemas que te supera, te quita las ganas

E: entonces ¿usted podría ser un croto ‘como los de antes’?

M: no, va, no sé.... Si no me hubiesen echado yo estaría todavía en [...] /se queda en silencio un momento/ Además señorita, si yo pudiera la aseguro que por lo menos me voy a una pensión, a dormir tranquilo, sin chupar estos fríos. A un hogar o a una granja no, porque ahí sí está lleno de crotos /sonríe/. (M; R7-2008)

Definirse aventurero supone no quedarse esperando a que ofrezcan un trabajo, una vivienda, sino ir en busca de ellos, es decir, supone enaltecer ciertos atributos socialmente valorados como la centralidad del trabajo en la vida cotidiana y el carácter “redentor” del mismo (Bauman, 1999). Por el contrario, *croto* es una categoría asumida como negativa, asociada al abandono, la falta de higiene, la mendicidad, las adicciones. Como sostiene Biaggio, estos atributos estigmatizantes se relacionan a su vez con “la falta de cumplimiento de normas, convenciones sociales y leyes que conllevan cierto peligro y alertarían a las otras personas del otro lado de la calle que podrían tomar cierto cuidado” (2009: 3). Ahora bien, dichos atributos también son reproducidos por las personas en situación de calle que intentan distanciarse y diferenciarse de un colectivo al que no quieren pertenecer y resisten a las identidades que socialmente se le asignan (Bachiller, 2009).

Asimismo, las trayectorias de vida particulares marcan una fuerte impronta en los modos de entender y explicar el presente, puesto que en gran parte de los recorridos parciales de esas trayectorias se identificaron con un “nosotros” que se sentía atemorizado frente un “otro incierto”. Como señala Palleres (2013), pese a los esfuerzos por mantener su ropa y pertenencias en buenas condiciones y cuidar el aspecto, las marcas que los muestran como ‘marginales’ continúan presentes. Es precisamente en sus cuerpos, donde se acentúan los rasgos que marcan las diferencias de poder, de desigualdad social (Biaggio, 2009), en ellos se inscribe la violencia social que padecen (Bachiller, 2009). Heridas en los pies por los extensos recorridos, piel curtida, reseca por el frío, infectada por dormir sobre cartones, son algunos de los diacríticos que denotan la marginalidad.

Finalmente, a propósito de la exposición permanente que sufren cabe destacar que vivir en la calle es una experiencia diferencial para hombres y mujeres. En primer lugar, algunos autores consideran que hay una reapropiación distinta del espacio, según Moffat las mujeres que van a la calle tienen la costumbre de hacer sus casas de cartón y usar trapos viejos; al revés de los hombres que andan a la intemperie, ellas levantan un hogar en cualquier parte (Moffat en Baigorria, 1998). En este mismo sentido Palleres (2004) sostiene que son las mujeres quienes arman con los cartones estructuras más sofisticadas con el propósito de ocultarse, esto marca la necesidad de privacidad y se relaciona con sentimientos de vergüenza y miedo a los peligros de la calle.

En efecto, son las mujeres quienes expresan mayor temor a vivir en el espacio público. Sin ir más lejos, dos de las mujeres entrevistadas (A y S) suponían que por ser mujeres se las consideraba más vulnerables y esto las exponía a una mayor desprotección: ataques físicos, verbales, robos y diversas situaciones de abuso. De ahí que la reapropiación que realicen del

espacio pueda ser considerada diferencial. Concretamente, en el primer caso se intentó alternar la vida en la calle con el alojamiento temporario en hogares. Asimismo, usaba espacios que sentía le brindaban cierta seguridad —como la Estación Terminal de Ómnibus o el edificio contiguo a un Hospital público— con iluminación permanente (incluso a la noche), refugio del viento, la lluvia y con tránsito de personas. En el caso de S, la apropiación del espacio era notoriamente diferente a la de A y cumplía con las características enunciadas por los citados autores esto es: contar con una “gran estructura” para resguardarse, no sólo a nivel material sino también relacional.

No obstante, también se advierten mayores expresiones de solidaridad hacia las mujeres por parte de los vecinos. Precisamente, mientras realizaba trabajo de campo, en la plaza en la que vivía S también había 3 varones más. Ella recibía la ayuda de sus conocidos mientras que, frente a la presencia de éstos se realizaron denuncias para solicitar que los desalojen, puesto que resultaban peligrosos para los vecinos de la plaza, incluida S, que se reconocía en este último grupo.

CONSIDERACIONES FINALES

El estudio de la vida cotidiana de las personas que viven en los espacios públicos urbanos brinda orientaciones para considerar no solo prácticas y sentidos sino porque contribuye a establecer nexos condicionantes con escalas mayores y así comprender relacionalmente la problemática. Así pues, la situación en la que se encuentran las personas que participaron de la investigación no responde exclusivamente a causas individuales, sino que se inscribe en contextos sociohistóricos específicos con los cuales sus trayectorias vitales se entretajan. Precisamente, se vieron forzadas a la movilidad en un marco de crisis socioeconómica y ante eventuales ciclos de reactivación, quedaron “desacoplados” de las posibilidades de reinserción ocupacional (Wacquant, 2001) profundizando de este modo la marginalidad avanzada.

En el artículo se pretendió destacar cómo estas figuras que parecen no tener vinculación relacional y territorial pueden identificarse a lo largo de la historia. En diversos contextos son considerados como sujetos extraños, por carecer de soporte vincular y por su ociosidad, por transgredir normas y valores. Observarlos solos en la calle hace presuponer a los usuarios de paso que no tienen familia. Lo que no se advierte a simple vista es que se construyen otras formas de sociabilidad por fuera de estos lazos primarios y que son precisamente estos lazos los que permiten sobrellevar la vida diaria, aunque no son suficientes para salir de la situación de calle. Carecer de trabajo formal no implica ociosidad permanente, puesto que diariamente deben desarrollar estrategias para afrontar la cruda realidad en la que se encuentran. Otros atributos que configuran el estereotipo se relacionan con el uso y abuso de sustancias tóxicas o bien, con las patologías psiquiátricas. Respecto a ello vale precisar que, entre los varones y mujeres entrevistados, el consumo de alcohol y tabaco es frecuente y en algunos casos predominante, aunque no identificamos el uso de otras drogas. En cuanto a la salud mental y/o emocional, es incuestionable que el transcurso del tiempo en la calle afecta emocionalmente a quienes viven en ella. No obstante, esto no supone que necesariamente quienes “llegan a la calle” lo hacen porque son enfermos o “locos”; en todo caso, vivir en ella afecta la salud concebida de un modo integral.

En lo que respecta al área de la ciudad que han seleccionado para quedarse, hemos planteado que reúne determinadas características consideradas beneficiosas relacionalmente a otras. Éste constituye un territorio valorado e iluminado, por ende la presencia de personas pobres viviendo en espacios destinados a ser usados y no habitados irrumpe con la imagen de ciudad que pretende construirse, consolidarse. Es decir, el centro representa un lugar destacado de la ciudad que a su vez es revalorizado en las políticas urbanas por su significación histórica y contenido estético. Sin embargo, paradójicamente, también es un espacio en el que se visibilizan situaciones que interpelan los imaginarios de la ciudad “pujante”, “inclusiva”, con “gran valor patrimonial”¹⁷ y confieren nuevas características al espacio público. Pese a las políticas para seguir construyendo una “ciudad para todos” —con iguales derechos y oportunidades—, en Rosario las desigualdades sociales contradicen este “ideal” de ciudad. Es decir, como propone Alonso (2006), a pesar de sus virtudes, el modelo de gestión aplicado a la ciudad no pudo integrar socialmente a una gran masa marginal.

Por su parte, quienes viven en la calle y cotidianamente son observados y sienten el peso de los atributos desacreditadores, los perciben y los resisten tratando de distanciarse de ellos. Cuidar el aspecto corporal, diferenciarse discursivamente de los *croto*s, y *linyeras*, reafirmar la centralidad del trabajo como valor social, son algunos modos de resistir a las calificaciones negativas. Reproducir juicios condenatorios, supone identificarse como parte del colectivo que estigmatiza y no como los estigmatizados, esto también es un modo de rebelarse ante las marcaciones negativas que recaen sobre ellos y así sobrellevar la indignidad que conlleva.

Finalmente, nos interesa destacar que estos sujetos sociales no son ajenos ni extraños a la vida social como se los suele imaginar desde perspectivas que refuerzan estereotipos exotizantes. Por el contrario, son producto y productores de nuestra sociedad. Son sujetos sociales cuyas trayectorias se caracterizan por movimientos en busca de trabajo, de mejores condiciones de vida, de un hogar, y que, una vez en el contexto de calle, elaboran diversas estrategias a fin de sobrellevar la vida diaria. Son protagonistas de sus historias en el entramado de los límites y condiciones sociohistórico de una época. Es decir, actúan en un marco de posibilidades particulares aunque relacionalmente a las restricciones estructurales. Éstas oprimen y marginan a determinados sujetos considerados válidos para el trabajo, los cuales, a la vez, son cuestionados y estigmatizados por su aparente ociosidad.

¹⁷ Nociones que se reiteran en las políticas de planificación (Plan Estratégico Rosario, 1998; Plan Urbano Rosario, 2007) y en sus respectivos diagnósticos (Rosario Metropolitana, Diagnóstico 2008). Esta área de la ciudad está delimitada por las calles Oroño, Pellegrini y el Río Paraná.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHILLI, Elena (2009). *Escuela, Familia y Desigualdad Social. Una antropología en tiempos neoliberales*. Rosario: Laborde Editor.
- ALONSO, Luciano (2006). “La dinámica económica y las transformaciones estructurales”. Águila, Gabriela (comp.). *Nueva Historia de Santa Fe. De los cordones industriales a la integración del eje Mercosur (1940-2005)*. Tomo XI. Rosario: Prohistoria Ediciones y Diario *La Capital*: 129-142.
- ANDERSON, Nels (1923). *The Hobo: The sociology of the homeless man*. Chicago: University of Chicago press.
- ARANTES, Antonio (1999). “Desigualdad y diferencia. Cultura y ciudadanía en tiempos de globalización”. Bayardo, Rubens y Lacarrieu, Mónica (comps.). *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos*. Buenos Aires: Ciccus: 145-169.
- BACHILLER, Santiago (2009). “Cuando el estigma fragmenta los relatos: crisis y redención entre las personas sin hogar”. Visacovsky, Sergio (ed.). *Estados críticos: estudios sobre la experiencia social de la calamidad*. Buenos Aires: Antropofagia/IDES: 201-227.
- BAHR, Howard (1968). *Homelessness and Disaffiliation*. New York: Columbia University.
- BAIGORRIA, Osvaldo (1998). *En Pampa y la Vía. Crotos, linyeras y otros trashumantes*. Buenos Aires: Libros Perfil.
- BAUMAN, Zygmunt (1999). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- BAYER, Osvaldo (1986). *Los anarquistas expropiadores*. Buenos Aires: Legasa.
- BECKER, Howard (2012 [1963]). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BIAGGIO, Mariana (2009). “Estigma e Injuria. Una aproximación al análisis de las prácticas discriminatorias presentes en la vida cotidiana de las personas en situación de calle”. *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología*. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.
- BIAGGIO, Mariana (2014). *Ser, estar, parecer: reconocimiento social y resistencia identitaria en torno a las políticas habitacionales del GCBA dirigidos a personas en situación de calle (1997/2012)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (mimeo).
- BOY, Martín (2009). *Personas que viven en la calle: un análisis de las políticas implementadas para su atención. Ciudad de Buenos Aires. 1997-2009*. Tesis de Magíster en Políticas Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires
- BOY, Martín (2011). *Adultos que viven en la calle: políticas públicas, usos y estrategias en torno a la ciudad. Buenos Aires, 2007-2011*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (mimeo).

- BUFARINI, Mariel (2006). *Cuando la plaza deviene en hogar. Usos y representaciones del espacio urbano público*. Tesina de Licenciatura. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario (mimeo).
- BUFARINI, Mariel (2016). *Usos del espacio urbano público y políticas sociales. Análisis de la vida cotidiana de las personas sin hogar*. Tesis de Doctorado en Humanidades. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario (mimeo).
- DELGADO, Manuel (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- FOOTE WHYTE, Williams (1971 [1943]). *La sociedad de las esquinas*. México: Diana.
- GOFFMAN, Erving (2003 [1963]). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HELLER, Agnes (1994). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSOS (2010). *Censo nacional de población, hogares y vivienda 2010*.
- LA CAPITAL. “En plena plaza San Martín una mujer vive desde hace más de tres años en un banco”. *La Capital* (01/07/2005).
- LACARRIEU, Mónica (2005). “Nuevas Políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis”. Welch Guerra, Max (comp.). *Buenos Aires, la ciudad en cuestión*. Buenos Aires: Biblos-Fadu: 363-395.
- LEACH, Edmund (1967). *Un mundo en explosión*. Barcelona: Anagrama.
- LEFEBVRE, Henry (1976). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza.
- MAGUID, Alicia (2012). *El croto: militancia trashumante y otros textos. Sobre vagabundos ácratas en el sur de América*. Buenos Aires: Reconstruir.
- MERTON, Robert (1964). *Teoría y estructura sociales*. México: FCE.
- PALLERES, Griselda (2004). *Conjugando el presente. Personas sin hogar en la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- PALLERES, Griselda (2013). *Sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires. Nuevas formas de expresión y de demanda*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (mimeo).
- PARK, Robert (1925). “La organización de la comunidad y la delincuencia juvenil”. *Delito y Sociedad* 25 (2008): 115-124.
- MUNICIPALIDAD DE ROSARIO (1998). *Plan Estratégico Rosario (PER)*.
- MUNICIPALIDAD DE ROSARIO (2008). *Plan Urbano Rosario (PUR): Anteproyecto de ordenanza*. Rosario: Secretaría de Planeamiento.
- MUNICIPALIDAD DE ROSARIO (2008). *Plan Estratégico Rosario Metropolitana-Diagnóstico*.
- PRÉVÔT-SCHAPIRA, Marie France. “Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades”. *Perfiles Latinoamericanos* 9, 19 (2001): 33-56.

- ROSA, Paula (2011). *Entramado de relaciones: organizaciones de la sociedad civil y la asistencia a los habitantes de la calle en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Tesis de Doctorado. Doctorado en Ciencias Sociales. UNGS-IDES (mimeo).
- RUBINICH, Lucas. “Van los linyeras... Construcción y circulación de una noción positiva del individualismo romántico vitalista de la primera mitad del siglo XX argentino”. *Apuntes de investigación* 13 (2008): 53-96.
- SHAW, Clifford y MCKAY, Henry (1942). *Juvenile Delinquency and Urban Areas*. Chicago: The University of Chicago Press.
- SILVA, Armando (1992). *Imaginario Urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- THRASHER, Frederic (1927). *The Gang. A Study of 1313 Gangs in Chicago*. Chicago: University of Chicago Press.
- WACQUANT, Loic (2001). *Parias Urbanos. Marginalidad en la Ciudad a Comienzos del Milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- WILLIAMS, Raymond (1988). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.